
William Spanos

Heidegger y la crisis del humanismo occidental
(Escaparate — ILAES Postgrados, Santiago, 2009)

Por Sergio Villalobos-Ruminott

Humanismo y razón imperial

I

Ha aparecido este libro en español y quisiera introducir a su autor y sus problemáticas más relevantes. De una u otra forma, es un libro que nos concierne directamente. Su autor, William V. Spanos, es un *Distinguished Professor* de inglés y literatura comparada de la Universidad Estatal de Nueva York, en Binghamton. Sus trabajos constituyen una revisión crítica y una destrucción reflexiva del canon literario occidental, de las implicancias de la teoría y la práctica literaria en particular, e intelectual en general, y de las configuraciones de poder características de lo que él ha llamado, junto a otros, “razón imperial”. Su vocación “mundana” se manifiesta no sólo en sus importantes trabajos teó-

ricos, sino también en su práctica cotidiana en cuanto profesor dialogante y orientado por lo que podríamos llamar una “pedagogía oposicional”. A esto último habría que agregar su rol en la fundación de la revista *boundary 2*, de la cual fue editor hasta 1990. Dicha revista sigue siendo un testimonio fundamental del compromiso y elaboración crítica de varios intelectuales americanos. Su actual editor es Paul A. Bové, y su comité editorial está integrado por destacados críticos oposicionales (Jonathan Arac, Donald Pease, Ronald A. T. Judy, Gayatri Spivak, Joseph Buttigieg, entre otros).

Entre los trabajos de Spanos, destacan la edición de los volúmenes *Martin Heidegger and the Question of Literature* (1980) y *The Question of Textuality*:

Strategies of Reading in Contemporary American Criticism (1982); y sus libros *Repetitions: The Postmodern Occasion in Literature and Culture* (1987), que constituye un aporte crítico-destrutivo a la literatura contemporánea; *Heidegger and Criticism: Retrieving the Cultural Politics of Destruction* (1993), que, como lo indica su título, es un intento por mostrar la pertinencia de la destrucción heideggeriana en el contexto de la configuración de la razón imperial americana y su complementario humanismo. *The End of Education: Towards Posthumanism* (1993), que es, probablemente, el más incisivo trabajo destructivo de las precomprensiones y asunciones humanistas (e imperialistas) de los burócratas universitarios congregados en torno a la reforma curricular propugnada por Harvard, y rápidamente seguida por la mayoría de las universidades americanas, en la década de 1980, para “paliar y corregir” los “nefastos efectos” de la Guerra de Vietnam en la sociedad y, específicamente, en la juventud americana (y que corresponde al volumen aquí presentado). *The Errant Art of Moby Dick: The Cold War, the Canon, and the Struggle for American Lite-*

rary Studies (1995), que es una lectura acotada a los usos y abusos de la famosa novela de Herman Melville, y de cómo, en torno a su juego figurativo, se han organizado diversas lecturas críticas o legitimantes del canon y de los estudios americanos. Finalmente, *America's Shadow: An Anatomy of Empire* (1999), que constituye un decisivo trabajo (destrutivo) dedicado a exponer las implicancias imperialistas de la política interna y exterior norteamericana y la configuración de una muy específica “razón imperial” en el periodo que va desde la Guerra de Vietnam hasta la Guerra del Golfo Pérsico —junto a las medidas preparativas para la invasión de Irak—. Recientemente, acaba de aparecer *American Exceptionalism in the Age of Globalization: The Spector of Vietnam* (2008), que termina por trazar el vínculo onto-teológico y político entre la Guerra de Vietnam y el actual panorama mundial comandado por una decidida estrategia de guerra imperial preventiva. Además, habría que mencionar una infinidad de artículos dedicados a tratar cuestiones relativas a la destrucción heideggeriana de la ontología tradicional, la razón imperial romana y americana, el humanis-

mo galopante de los estudios literarios y las limitaciones del campo intelectual norteamericano, dada su particular división del trabajo universitario.

En la actualidad, Spanos sigue enseñando en Binghamton y ha aparecido un volumen autobiográfico, *In the Neighborhood of Zero: A World War II Memoir* (2010), que traza su participación en la segunda guerra mundial como otro más de los soldados mandados al frente de batalla y de las catastróficas decisiones que llevaron al bombardeo final de las ciudades alemanas y que W. G. Sebald ha llamado *Historia natural de la destrucción*. Por otro lado, el volumen que presentamos a continuación constituye, como adelantábamos, un sostenido ejercicio destructivo de la reforma universitaria comenzada por Harvard y velozmente extendida al conjunto de universidades americanas, en los años 80. Spanos, sin embargo, no se conforma con mostrar las incongruencias “teóricas” o las limitaciones “ideológicas” de dicha reforma, sino que, en una operación sui generis —que él llama *genealogía destructiva*— muestra la complementariedad entre dicha reforma y la política paliativa del Estado norteameri-

cano, en el contexto del famoso “síndrome de Vietnam”: el contexto de ocultamiento de las dimensiones imperialistas de la política exterior norteamericana y de re-centramiento de las fuerzas disruptivas que, en el tercer mundo, y en América —con las protestas estudiantiles y los movimientos de liberación—, pusieron en cuestión la hegemonía americana en dicho periodo. Además, Spanos muestra la reiteración de las motivaciones humanistas —y de su estrategia de re-configuración permanente de un centro ontológico desde el cual dominar la historicidad radical del ser— en cada una de las modernas reformas universitarias en el mundo anglosajón: comenzando con la reforma que, en el siglo XIX, quiso controlar la amenaza del proletariado ya en proceso de constitución de su subjetividad política en la Inglaterra victoriana; siguiendo con la reforma que, a comienzos del siglo XX, combatió las amenazas externas en un naciente contexto global y bélico en el que la asonada germana advertía el fin del viejo imperialismo europeo y daba paso a la configuración del relevo ontológico para una nueva razón imperial, la americana; hasta la reforma que, duran-

te la Segunda Guerra Mundial y a través de la Guerra Fría, redefinirá el currículo universitario en función de confrontar la amenaza roja y su oleada totalitaria y, así, salvaguardar la salud del alma americana y su auto-adjudicado excepcionalismo; para concluir con un sostenido análisis de la reforma inaugurada por el *Informe sobre el Currículo Central en la Universidad de Harvard* —texto gravitante en la ocasión histórica del libro que estamos reseñando— que surge como respuesta institucional al descenramiento del currículo tradicional precipitado, entre otros, por los movimientos estudiantiles de protestas de aquel periodo. En el fondo, esta reforma fue un llamado desesperado para salvar —una vez más— a las humanidades de su bancarrota y de su excesiva politización por parte de una generación —de estudiantes y profesores— que provocó una “proliferación de cursos” que atentaba contra el intocable currículo tradicional y, por otro lado, precipitó una refutación del consentimiento espontáneo requerido por la hegemonía imperial norteamericana. Así, el problema del pensamiento humanista no queda remitido ni a su limitación teórica ni a su

ceguera ideológica, sino que es pensado en su complicidad originaria con respecto a la configuración del pensamiento *onto-teo-lógico* occidental. La falla de los reformadores humanistas, hoy como ayer, ya sea de los conservadores o de los liberales, consiste, precisamente, en no interrogar las causas que precipitaron la crisis —históricamente recurrente— de la universidad y el agotamiento de su oferta curricular, remitiendo las energías críticas de la juventud —y del pensamiento crítico— a la “caída condición de una errancia en la barbarie”, desde donde la luz de la investigación desinteresada debería rescatar “lo mejor que ha sido pensado y escrito” en Occidente. El humanismo, entonces, no es interrogado en su condición fundacional o teórica, sino en cuanto co-pertenece y complicita con las avanzadas militares de una expansiva razón imperial.

Se trata de su destrucción, es decir, de una crítica sostenida de sus consecuencias prácticas que pasan inadvertidas para la mayoría de los discursos teóricos contemporáneos; discursos que son incorporados y des-potenciados por una cada vez más flexible currículo multicultural y multidisciplinario. Para eso,

Spanos comienza por relativizar las limitaciones fundamentales del pensamiento universitario actual: a) la llamada hipótesis represiva que establece la oposición entre verdad y poder, y que, de acuerdo con Michel Foucault, vuelve a los sujetos protagonistas de su propia dominación; b) la pretendida prioridad disciplinaria de algún sitio específico de la práctica crítica: la esfera material en el marxismo clásico; la textualidad en las versiones formalistas de la deconstrucción; el plano simbólico en un psicoanálisis repasado por los estudios culturales y su soterrado corazón antropomórfico; o el plano ontológico, de acuerdo a una lectura textual y cronológica del Heidegger; c) la llamada división de las “dos culturas” que establece la oposición entre las ciencias exactas y naturales, de orientación técnica y calculabilista, y las ciencias humanas o humanidades, todavía rescatables como ejemplo de una supuesta resistencia crítica contra el fetichismo tecnológico contemporáneo —reivindicación clásica de humanistas de diversas generaciones. Y, finalmente, d) la evidenciación del papel medular que le cabe a las humanidades, a la literatura —el canon y los estudios de área,

en cuanto *eruditio et institutio in bonas artes*— en la configuración de la razón imperial americana. Todo ello, gracias a su comprensión de la *equiprimordialidad* (cooriginariedad) de las diversas manifestaciones del ser, diseminadas históricamente en su continuo existencial: su condición de ser-siempre-ya siendo-en-el-mundo-con-otros.

Esta es la propuesta radical de Spanos, su genealogía destructiva, o, alternativamente, su hermenéutica radical que implica un habitar el círculo de la comprensión, pero no para someterse a su dictado, sino para tensionarlo permanentemente en un movimiento mundano de contaminación y descenramiento. Junto con ello, el presupuesto destructivo que comanda el impulso crítico de su análisis, lo lleva a considerar la crisis —periódica— de la universidad occidental no como el producto de un espontáneo agotamiento de sus dispositivos de control, sino, por el contrario, como el efecto de rupturas y reventones históricos que, de manera sucesiva, ponen en cuestión la operación centralizante del currículo humanista, a la base de la ordenación facultativa de la institución universitaria. Se trata de

explosiones de saberes (discursos o narraciones no estructuradas por el criterio de relevancia humanista), marginados o desconsiderados que, potenciados por específicas coyunturas de empoderamiento (*empowerment*), muestran el carácter convencional —históricamente constituido y no natural— del poder, más allá de la crudeza de su ejercicio material, y abren el opaco horizonte de nuestro tiempo a una relación reflexiva con el ocaso de la ocasión posthumanista: de ahí entonces su concepción no cristiana de la crisis, en cuanto contexto históricamente acotado de posibilidades: *interregno*. Así, Spanos se confronta críticamente (*polemos*) con las limitaciones del pensamiento crítico contemporáneo y con las fallas del movimiento estudiantil que precipitó las reformas de fines de los años 60s. Mientras que el movimiento estudiantil de protestas, en América como en Europa —y América Latina—, fue capaz de problematizar el consentimiento espontáneo dado a la hegemonía cultural-estatal y mostrar la complicidad entre la Universidad —ya nunca más percibida desde el ojo neutral del desinterés humanista— y el Estado norteamericano durante la

Guerra de Vietnam, su falla estuvo en no cuestionar suficientemente la forma de operar de la razón imperial americana, es decir, en no comprender a cabalidad el papel de las humanidades en la producción de una narrativa excepcionalista americana, crucial para legitimar la llamada defensa de Occidente. Los movimientos estudiantiles fallaron, para decirlo con la fuerza expresiva de Spanos, en “teorizar la hegemonía”. A su vez, los practicantes de teoría crítica, postmoderna o posthumanista —como prefiere Spanos— no sólo habrían quedado presos de las ancestrales limitaciones disciplinarias que minimizaron el impacto de sus, por otro lado, cruciales trabajos, sino que, gracias a esta misma compartimentalización jerárquica, todavía serían incapaces de problematizar los aspectos prácticos relativos a una pedagogía dialógica, polémica (destruktiva) y democrática. Es decir, su posthumanismo llegaría sólo hasta el umbral de la sala de clases. De esta forma, el libro concluye reivindicando la pertinencia del decisivo trabajo de Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido* (1968): romper con la reproducción de la hegemonía en nuestro locus cotidiano es la primera

condición de un pensamiento en camino de su propia elaboración dialógica. Sin embargo, esta pedagogía oposicional, motivada por el *polemos* heideggeriano de la confrontación radical con las limitaciones de la existencia, no debe ser confundida con las versiones neohumanistas de una formal pedagogía participativa popularizada en tiempos de la transición neoliberal latinoamericana, pues esta pretendida pedagogía de la participación queda limitada a la agenda neo-populista de un capitalismo intensivo, gobernable y global (*el nuevo contrato social* de José Joaquín Brunner, por ejemplo).

En este sentido, el libro que presentamos constituye una suerte de *agenciamiento crítico*, dirigido estratégicamente y dispuesto de manera táctica, contra la complicidad entre las reformas humanistas y el núcleo *onto-teo-lógico* de la metafísica occidental. No se trata de un libro de teoría sustantiva, ni menos de un libro de filosofía profesional, no podemos percibirlo como un tratado sobre la destrucción heideggeriana, ni menos como una intervención interpretativa sobre la importancia del pensador alemán para algún campo disci-

plinario acotado. Es, por el contrario, un uso indiscriminado e *incriminante*, que parte de la historicidad radical del *logoi* —evitando la estrategia filológica o hermenéutica tradicional, es decir, evitando leer a Heidegger como un sujeto de saber ya autorizado—, y por lo mismo, es una lectura habilitante que *des-opera* los criterios de la filosofía profesional, siempre más preocupada con los infinitos matices de la interpretación —la metodología— que con la cuestión del camino del pensar —el método—. Spanos ha desocultado la raigambre *onto-teo-antropológica* de la reforma universitaria, su complicidad constitutiva —originante y productiva— con la razón imperial americana, y las limitaciones o taras del pensamiento crítico universitario. Todo ello, en el contexto de la reacción conservadora de los años 80s (con Ronald Reagan y Margaret Thatcher como líderes mundiales, y con Augusto Pinochet como sanguinaria versión criolla); contexto en que se opera el paso desde la “doctrina de seguridad nacional” hacia la, siempre en ciernes, “doctrina de guerra preventiva”, crucial para la estrategia imperial norteamericana en la actual ocasión: la post-

Guerra Fría. En su libro, cada capítulo constituye una unidad analítica precisa y orientada al desmontaje de los diversos y variados dispositivos de poder de dicha razón imperial. Gracias a ello, a Spanos no se le cuele un inadvertido fundacionalismo que percibe a la modernidad como negación emancipatoria de la antigüedad, pero tampoco se lee acá un simple continuismo al estilo de las filosofías dieciochescas de la historia. La problematización radical de la temporalidad, la espacialidad y la configuración de la mirada logo-céntrica —junto al predominio *folológico* de la metafísica occidental— contribuyen a prevenir su lectura de cualquier recaída en el horizonte de comprensión antropomórfico. Mencionemos, de paso, que esta es la observación hecha a la genealogía foucaultiana, la de enfatizar en demasía el fundante contexto de la Ilustración, sin explorar suficientemente las continuidades entre la razón imperial romana y la actualidad. Y, aunque sabemos que esta lectura se debe a su temprana interpretación del seminario de Heidegger del semestre de invierno de 1942-43 (*Parménides*), habría que reiterar que Spanos no se ubica en la corriente in-

terpretativa del famoso giro (*die Kehre*) heideggeriano, corriente que desecharía el material previo a la década de 1930 como inacabado y fallido, para concentrarse en la dimensión poética del lenguaje y en la cuestión del nihilismo. En concreto, Spanos es capaz de leer una cierta complementariedad entre el proyecto destructivo expuesto en *Ser y tiempo*, y las contribuciones posteriores de Heidegger,¹ sin caer en la proposición de un sistema.

II

Aquello que se representa, eufóricamente, como “buenas noticias” —la realización global (el “fin”) de la promesa emancipatoria de la Historia— se muestra como *Pax Metaphysica*: la colonización de la imaginación errante de la humanidad en general, por un pensamiento vacío y banalizante que ha reducido *todo*, incluyendo a los seres humanos, a la condición de “reserva a mano [o disponible]”. Este “fin de la filosofía” en la forma de un triunfante pensamiento instrumentalista, que ha reducido el ser a la condición de mercancía siempre a disposición, se manifiesta en todas partes, en el periodo de la post-Guerra Fría. Y, como se ha sugerido, su síntoma más característico es la globalización del inglés (americano) como la *lingua franca*

del “mercado libre”, lo que tiene como una de sus consecuencias más devastadoras, la “americanización” no sólo de las naciones-Estados occidentales, sino de todo el Tercer Mundo (*Pax Americana*).

William Spanos, *America's Shadow: An Anatomy of Empire*

Entre la iniciativa de reforma de Harvard, emanada del *Informe sobre el Currículo Central* encargado por los administrativos de esa universidad en 1978, y la situación actual de la universidad en general, muchas cosas han ocurrido. Si los años 80 fueron aquellos de implementación y recuperación del —viejo— centro ontológico que validaba al currículo humanista; políticamente, estos también fueron años de reacción conservadora que prepararon el camino para la nueva política exterior norteamericana, en relación con el Medio Oriente y con América Central. Estos fueron años, para decirlo de otro modo, de *acumulación originaria* de poder por parte de la hegemonía americana, cuya expresión radical se da entre fines de los años 80 —con la caída del Muro de Berlín, las “transiciones democráticas” en Europa del Este y América Latina, y la desintegración de la Unión Soviética—

y comienzos del siglo XXI, especialmente, después de los atentados en Nueva York y Washington, y la subsiguiente invasión de Afganistán e Irak. De esta manera, la estrategia norteamericana se concentró en producir un verosímil de capitalización de dichos eventos históricos en función de legitimar su particular “estilo de vida”, favoreciendo con ello, una presencia más decidida de Estados Unidos en el contexto global. En este sentido, la política humanista, tanto conservadora como liberal, ya no sólo consistirá en la recuperación del desestabilizado centro ontológico del currículo tradicional. Ahora, con la articulación global de un poder autorreferencial y sin exterioridad, las viejas limitaciones contractualistas que caracterizaron el vínculo moderno entre Estado y nación, se han visto fácticamente superadas. Ya sea que hablemos de un proceso declarado de globalización capitalista, de capitalismo mundial integrado, de post-fordismo y neoliberalización planetaria, lo cierto es que la moderna función social de la cultura (normalizar el potencial disruptivo de la subjetividad, favorecer su constitución soberana, es decir, *sujetada*) ya no

se hace indispensable para un poder que se articula auto-referencialmente, que prescinde de su dimensión interpelativa y que desecha la mediación lingüística —alegórico-literaria y jurídica— privilegiando el automatismo de una visibilidad invasiva y constituyente.² Lo que caracteriza a la actual *Pax Americana*, entonces, sería un tipo de articulación *post-hegemónica*, si por ello entendemos una desarticulación entre cultura y poder (Estado y universidad) que hace pasar por fuera de la institución universitaria y su endémica legitimación del saber, la producción de su verosímil referencial (y retrospectivo). De ahí la tremenda relevancia que han adquirido los llamados *think tanks* y las ONGs. Es decir, un tipo de articulación que no hace descansar su interpelación en la producción de una discursividad pública (lo que se traduce en la tecnificación y homogeneización de los lenguajes de la política, y en la asombrosa liviandad discursiva de los políticos profesionales), sino en una elaboración precaria pero sustentada en una imagen telemática global y anestésica.³ Sin embargo, dos cosas deben ser establecidas con claridad. Por un lado, la

Pax Americana no representa una ruptura sino una realización de la razón imperial occidental. Esto es crucial para contrarrestar lecturas excepcionalistas de la democracia americana, tan características de la reacción liberal contemporánea (*à la* Richard Rorty⁴). En rigor, el relevo ontológico en el ámbito de la política global no supone una ruptura entre el viejo imperialismo europeo y la nueva estrategia americana, sino la realización del viejo modelo de dominación panóptica en una articulación extremadamente sofisticada de poder. La *Pax Americana* realiza a la tradición metafísica occidental, da cuenta del fin —la finalidad— del proyecto de dominio de la Ilustración, y actualiza el ideal imperial romano contra la errancia y la barbarie. Por ello, el primer requisito de una práctica intelectual motivada por la destrucción de los presupuestos *ontoteo-lógicos* de la *Pax Metaphysica*, es someter a un sostenido cuestionamiento cualquier pretensión de excepcionalidad. En el caso americano, se trata de la puesta en cuestión de su política preventiva global, es decir, del excepcionalismo que, desde Tocqueville y Hegel hasta Rorty y G. W. Bush, se muestra

como un Jano bifronte: una cara nos muestra la prometida tierra del futuro de la humanidad, mientras la otra esconde la espantosa mueca de una suspensión radical del estado de derecho. Para recordar la famosa sentencia de Walter Benjamin, el excepcionalismo americano pone de manifiesto cómo “el estado de excepción es la regla”.⁵

Por otro lado, aún cuando la relación entre Estado y Universidad en América se muestra cada vez más desarticulada —a diferencia de los proyectos de Universidad nacional alemana (idealista), napoleónica (o cartesiana) y latinoamericana (Andrés Bello)— deberíamos advertir que en este país no existe una fuerte tradición de universidad nacional, toda vez que su misma configuración histórica no se remite a las coordenadas del Estado nacional occidental. Una suerte de flexibilidad constitutiva —que ha permitido tanto la anexión de territorios e inmigrantes, como la naturalidad de una política exterior intervencionista— ha caracterizado tanto su configuración geopolítica, como su estructura institucional. Ello ayuda a comprender cómo la reacción de los humanistas conservadores contra la “pro-

liferación de cursos” en los años 80s, dio paso a la flexibilización radical propugnada por los humanistas liberales y que ha hecho de la universidad actual un depósito de saberes in-clasificables (a sabiendas de que “a río revuelto, ganancia de pescadores”).

En este sentido, el despliegue del proceso de neo-liberalización trajo, como consecuencia para la universidad, una transformación generalizada de su estructura institucional y curricular. En América, la versión liberal del humanismo, tolerante y flexible a las modificaciones del currículo tradicional, resultó más “económica”, favoreciendo la incorporación depotenciadora de una multiplicidad de nuevos saberes a los centros tradicionales. Desde la fundación de los “Afro-American Studies” en Harvard⁶ ya a fines de la década de 1970, hasta los debates sobre el testimonio de Rigoberta Menchú en Stanford en los años 90;⁷ desde el desarrollo de los enfoques post-coloniales y subalternos, hasta las agendas emancipatorias multiculturales y sus respectivas *identity politics*, la universidad ha vuelto a flexibilizar su estructura, a pesar de su rígido “occidentalismo”, pero ya no sólo

a nivel de la integración —forzada— de nuevos cursos en el currículo tradicional, sino que ahora mediante una reingeniería administrativa que redefine la división del trabajo universitario mostrando el agotamiento de los viejos criterios de organización académica y el surgimiento de una nueva disposición en su arquitectónica.⁸

A esto apuntaba el análisis de Bill Readings en su olvidada contribución [*The University in Ruins* (Massachusetts: Harvard University Press, 1996)]. Allí, Readings concibe la universidad post-reforma (y post-Guerra Fría) precisamente como una institución flexible, descontextualizada y orientada por la promesa vacía de excelencia. La excelencia sería, paradójicamente, tanto la realización del proceso de valoración universitario (y por ello, la indistinción entre trabajo manual e intelectual: fin de la crítica), como el fin del valor, precisamente porque, en cuanto categoría estructurante de la orientación de la universidad actual, ésta se muestra como una categoría sin contenido definido. La “universidad de la excelencia” [la nueva universidad humanista] se caracterizaría por su 1) flexibilidad curricu-

lar; 2) indiferenciación del pensamiento crítico; 3) institucionalización de los saberes marginales; 4) proliferación de cartografías e imágenes del mundo; y, 5) reinención de “programas” funcionales a nivel de postgrado y facilitación general de los requisitos de titulación, a nivel de pregrado. La pregunta pendiente sería saber si este diagnóstico equivale a un desahucio total de la universidad, o a una problematización que va hasta la raíz del problema. Y esto último es crucial, dado el contexto represivo y beligerante que maltrata al trabajo crítico intelectual, más acentuadamente después del atentado de septiembre del 2001. Sobre todo porque después de dicho nefasto y publicitado “evento”, un nuevo *Macarthismo* ha inundado el debate académico metropolitano y, al igual o incluso peor que ayer, no sólo se dedica a la deslegitimación de las conquistas políticas y sociales en la difícil lucha por democratizar las instituciones, sino que, en nombre de una cierta eficacia productiva —y de un cierto ahorro generalizado—, proclama con exceso de confianza el “fin de la teoría”.

Es en este contexto que las contribuciones de William Spanos (y de los intelec-

tuales agrupados en torno a *boundary 2*) resultan cruciales para una evaluación, materialista y sin concesiones, de las dimensiones actuales de la razón imperial americana. Y, aunque esto pudiese sonar contraproducente, nuestra intención es, tan sólo, destacar el trabajo de los llamados críticos oposicionales (*wordly critics*), quienes han sometido a una revisión radical los presupuestos del humanismo literario, académico y político con el que se ha configurado el canon y las respectivas áreas de estudio que siguen limitando la inscripción del trabajo intelectual en la universidad contemporánea. No es el propósito de Spanos (ni de ninguno de los críticos oposicionales) una renuncia, sin más, a la universidad. Por el contrario, “[l]a destrucción no pretende sepultar el pasado en la nada, tiene su propósito *positivo*; su función negativa es sólo implícita e indirecta” (Heidegger).

III

Creo que la universidad tiene hoy un papel que algunos no quisieran reconocer, pero que es determinante para la existencia de la misma universidad: crear incompetentes sociales y políticos, hacer con la

cultura lo que la empresa hace con el trabajo, es decir, parcelar, fragmentar, limitar el conocimiento e impedir el pensamiento, en función de bloquear toda tentativa concreta de decisión, control y participación, tanto en el plano de la producción material como en el plano de la producción intelectual.

Marilena Chauí,
Escritos sobre a universidade

Pero, ¿qué ha pasado con “nuestra” universidad? La serie histórica abierta, en la década de 1970, con las intervenciones militares y las consiguientes dictaduras latinoamericanas, ha traído como una de sus consecuencias, una reforma educacional —en diversos niveles— cuya orientación está dictada por los imperativos de la globalización económica y social. En este contexto, la universidad habría sufrido un proceso radical de re-estructuración en su arquitectónica, currículo, formas de financiamiento y vínculo con el Estado y la sociedad. Lo que en sentido disciplinario, los teóricos latinoamericanos han llamado racionalización y modernización no es sino la privatización y neo-liberalización institucional, orientada a dar cabida, según reza el catecismo sociológico, a fuertes contingentes urbanos —debido a las

migraciones campo-ciudad de mediados de siglo, y a los respectivos desarrollos de la industrialización —truncada— y masificación de la educación superior—. La sociedad latinoamericana, más numerosa y exigente, comenzaría a presionar sobre el sistema educativo, concebido como mecanismo central de “movilidad social”, en función de garantizar un acceso cada vez más amplio y democrático a los beneficios de la educación universitaria.

En este sentido, la vieja estructura institucional, con sus pesados requisitos curriculares, su congénita burocratización *clientelista* —del presupuesto estatal— y su ineficacia para servir a las dinámicas técnicas y cognitivas de la sociedad actual, debía dar paso, vía reforma institucional, a un tipo de institucionalidad orientada a promover la flexibilización curricular, la democratización del acceso, la redefinición de las fuentes de financiamiento y, como rimbombantemente se proclama, la eficacia en la producción de cuadros técnicos y administrativos para una economía globalmente articulada.

Esto es, básicamente, lo que José Joaquín Brunner ha llamado “el nuevo

contrato social” entre el Estado, la sociedad civil —los empresarios— y la universidad. Brunner ha desarrollado esta orientación en una infinidad de textos.⁹ Pero, la centralidad de sus diagnósticos no se debe, solamente, a sus contribuciones para la reforma universitaria, sino también a su protagonismo directo en la implementación de dicha reforma, en el caso chileno. Sin embargo, también es preciso destacar que su diagnóstico estandarizado de la situación de la universidad regional se sigue de su lectura acerca de la modernidad tardía de América Latina, de su despedida de los modelos críticos iluministas o reformistas, y de su desenfado ensayístico a la hora de caracterizar no sólo la renovación paradigmática de las ciencias sociales latinoamericanas, sino también el fin de la sociología y de cualquier metarrelato crítico o emancipatorio en las décadas recientes. Como intelectual orgánicamente orientado por la agenda modernizadora, a él le corresponde el mérito de haber “precisado” —y “desocultado”— las profundas complicidades entre el proceso transicional en Chile (incluyendo su impune olvido del pasado reciente) y el desmontaje (racio-

nalización) de la “pesada” universidad nacional, en función de un nuevo contractualismo orientado por los requisitos flexibles de una modernidad tardía y desterritorializada. Su propuesta de reforma universitaria, para decirlo con el lenguaje de Spanos, delata la complicidad entre el instrumentalismo político de la transición y el desmontaje del aparato crítico universitario, sometiendo las diversas temporalidades precipitadas por el fin de la dictadura, a una narrativa maestra, justamente, sobre el fin de la emancipación y la necesaria mayoría de edad de las sociedades latinoamericanas en tiempos de mercado global y democracia tutelada.

En una posición opuesta al optimismo modernizador de Brunner, Willy Thayer nos advierte: “[m]odernización apunta no sólo a la crisis de las ideologías; apunta también a la crisis categorial. Las categorías modernas para representar y reflexionar lo que acontece universitariamente, habrían periclitado. Cuando se habla de la crisis de la educación moderna, se habla de la inaplicabilidad, total o parcial, de estas categorías para el análisis y entendimiento de la contingencia. Se habla de

un desplazamiento del saber, el poder, la educación y las prácticas, fuera de los márgenes categoriales modernos de la universidad, y también de la política” (196). Esta llamada modernización, que funciona como despedida de los ideales emancipatorios modernos, que muestra el agotamiento de las agendas antiimperialistas de la izquierda latinoamericana, y que ha sido leída, *urbe et orbis*, no sólo como bienvenida a la modernidad (Brunner) o consagración definitiva del modelo de sociedad norteamericano (Fukuyama), sino como bancarrota del pensamiento crítico y agotamiento definitivo de cualquier “crítica romántica, utópica e ingenua al realismo político”, no puede ser obviada. Ella constituye nuestra particular condición histórica, y contra ella debemos desarrollar nuestra práctica oposicional. Dicha práctica, por otro lado, nada tiene que ver con la reinención (teórica) de una nueva agenda *liberacionista*, precisamente porque “[l]a quiebra de la universidad y de la política modernas serían inseparables. Lo serían, mientras la arquitectónica moderna de la universidad coincide con la arquitectónica moderna de la política” (Thayer 196). Reimaginar la univer-

sidad es, por lo mismo, reimaginar al menos, una política en desacuerdo con la despolitización radical, tecnocrática y burocrática de la articulación actual entre saber y poder.

Es en esta condición radical de extenuación del pensamiento político y universitario moderno, en el que las reformas educacionales funcionan como adaptaciones de la universidad a los requisitos neoliberales del mercado global. Y es aquí donde la vieja figura del intelectual crítico o tradicional, se encuentra extraviada y sobrepasada por el prestigio de burócratas y técnicos (lo que Marilena Chauí concibe como la producción universitaria de discursos destinados a convertirnos a todos en incompetentes). Aquí es donde la pregunta por nuestra práctica intelectual debe desarrollarse, llevándonos a una confrontación radical con los presupuestos que estructuran la vulgar representación de nuestra época. Si hay algo claro en este libro de Spanos es su compromiso radical con su condición *existenciaría*: someter a sostenido cuestionamiento cualquier pretensión de excepcionalidad. Y, esto no debe pasar inadvertido, sobre todo en Chile, donde, mediante la apelación a un su-

puesto pasado democrático, intachable y único, se ha operado una transición despolitizante, llena de impunidad y olvido, que ha afectado y no deja de afectar el corazón de nuestras inquietudes cotidianas. En este sentido, la ley Brunner, junto con los modelos sociológicos de la transición pactada co-habitan el horizonte onto-teo-lógico tardío de la actual articulación imperial norteamericana, y ello más allá de las buenas intenciones (humanistas) de nuestros reformadores sociales.

Habitar la universidad no puede ser equivalente a vivir tímidamente bajo el imperio de una pusilánime aquiescencia con los tiempos. “Con frecuencia, el temor al error se muestra como el error mismo”. Y, en nuestra pequeña provincia, no es casual que el teórico oficial de la modernidad tardía sea, también, el gestor de la reforma universitaria. Al igual que la apelación de los reformadores humanistas al soterrado núcleo metafísico del tiempo (la espacialización metafísica de la temporalidad), la apelación de nuestros reformadores a las “buenas noticias” del mercado y la democracia liberal, oculta la profunda complicidad entre *pax metaphysica* y

pax americana, es decir, entre la tradición *onto-teo-lógica* y la razón imperial contemporánea. Léase entonces la traducción de este libro como una pequeña contribución destinada a instigar un desasosiego.

Fayetteville, 2010

Notas

- ¹ Uno de los autores que ha tratado este problema de manera lúcida y consistente es Arturo Leyte [*Heidegger* (Madrid: Alianza Editorial, 2005)].
 - ² Más allá de las contribuciones seminales de Jean Baudrillard y Paul Virilio, el libro de Terry Cochran [*Twilight of the Literary. Figures of Thought in the Age of Print* (Massachusetts: Harvard University Press, 2001)] representa un análisis sugerente de las implicancias que esta “asonada de la imagen en cada rincón y recoveco del planeta” tendría para la cosmopolítica contemporánea.
 - ³ Aún cuando su cometido es el caso de la transición chilena a la democracia y la crisis de la universidad nacional, el siguiente comentario de Willy Thayer es crucial con respecto a la mencionada desarticulación: “[Q]uereamos destacar [...] que la transición del Estado moderno al mercado postestatal, coincide con la transición y quiebra definitiva de la universidad moderna constituida a partir de la kantiana división del trabajo entre las Facultades “Superiores” (“investigación finalizada”) y “Facultad Inferior” (“investigación fundamental”). Conflicto cuya red de significaciones fue condensada modernamente por la muralla o barrera universitaria que marcaba la diferencia temporal entre universidad y actualidad. (176). Esta disolución de la moderna distancia crítica, operada por una mercantilización
- generalizada de la cultura conlleva que “[l]a estandarización universitario-estatal de la subjetividad laboral ha[ya] hecho crisis frente a la irrupción de un tipo de estandarización de la subjetividad cuyo principio de articulación deja de ser el Estado y la cadena de instituciones que modernamente le acompañan” (182) [Willy Thayer, *La crisis no moderna de la universidad moderna (epílogo al conflicto de las facultades)* (Santiago: Cuarto Propio, 1996)] . La posibilidad de comparar el caso de la universidad chilena o latinoamericana, sus transformaciones neoliberales en las últimas décadas, y el proceso de transformación de la universidad norteamericana es testimonio de lo que Spanos llama “americanización” del mundo, cuyo eco inexorable es la relación constitutiva entre metafísica y técnica de la que tempranamente nos advirtió Heidegger. Pero, además, en un plano más acotado, tiene que ver con la preponderación de la antropología metafísica constitutiva de la *Pax Americana* afincada históricamente en la preeminencia de la seguridad y en la reducción de lo humano a la condición precarizada de potencial propietario, de lo que se desprende la generalización de la deuda como dispositivo fundamental de acumulación económica y simbólica en el capitalismo actual.
- ⁴ Ver Richard Rorty, *Achieving Our Country* (Massachusetts: Harvard University Press, 1998). Este texto pone en escena la hipótesis excepcionalista según la cual, la crisis de la universidad americana se debe al enquistamiento en sus estructuras administrativas, de una generación de intelectuales de izquierda, *renured radicals*, que tienden a confundir y vulgarizar la misión de la Universidad. Es aquí donde se hace evidente el vínculo entre pragmatismo y humanismo en el pensamiento de Rorty, y en el pensamiento americano en general.
 - ⁵ Por ello, pensar una *universidad sin condiciones*, sin remitirla a ningún sortilegio instrumental, ni dejarla en el limbo de una neutralidad sin afección, conllevaría reformular no sólo la práctica intelectual en términos de su producción crítica e investigativa, sino, la necesidad

de reformular, desde el más básico principio de una pedagogía oposicional, un nuevo contenido para esta universidad en tiempos de generalizado estado de excepción. Aún cuando Derrida se refiere a las nuevas humanidades –por venir– en estos términos, no deberíamos entender su propuesta según la pretendida oposición entre las “dos culturas”: “[T]rataré de explicar qué quiero decir por “nuevas” Humanidades. Ya sea que ésta sea una discusión crítica o deconstructiva, todo lo que concierne a la discusión y a la historia de la verdad, en relación a la cuestión del hombre, o de lo que le es propio al hombre, de los derechos humanos, de los crímenes contra la humanidad, y así en adelante, todo esto debe, en principio, encontrar su espacio de discusión *incondicional* y, sin presupuestos, su legítimo espacio de investigación y reelaboración, *en* la universidad y, dentro de ella, sobre todo en las Humanidades. No para que todo quede remitido allí, sino, por el contrario, para encontrar un mejor acceso al nuevo espacio público transformado por las nuevas técnicas de comunicación, información, archivación y producción de co-

nocimientos” [Jacques Derrida, *Without Alibi* (Stanford: Stanford University Press, 2002), 203].

- ⁶ Ver el riguroso análisis de Ronald A. T. Judy [(*Dis*)Forming the American Canon: African-Arab Slave Narratives and the Vernacular (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993), Especialmente, capítulo I] sobre las implicancias de dicha fundación curricular.
- ⁷ Sobre esto ver el libro de John Beverley, *Subalternidad y representación* (Frankfurt am Main: Iberoamericana-Verveut, 2004). Especialmente, cap. 3.
- ⁸ Es lo que, entre otros, Masao Miyoshi y H. D. Harootunian [*Learning Places: The Alternatives of Area Studies* (Durham: Duke University Press, 2002)] han caracterizado como agotamiento de los estudios de área. Ver también, para el caso de la literatura comparada y su posible redefinición, dada su condición actual, Gayatri Spivak, *Death of a Discipline* (New York: Columbia University Press, 2003).
- ⁹ Donde destaca: *Educación superior en América Latina: cambios y desafíos* (Chile: Fondo de Cultura Económica, 1990).